

[www.elboomeran.com](http://www.elboomeran.com)

# VIDAS GLORIOSAS

TEZONTLE

# Vidas gloriosas



ELISABET RIERA



Primera edición, 2014

---

Riera, Elisabet

Vidas gloriosas / Elisabet Riera. –

Madrid : FCE, 2014.

225 p. ; 21 x 14 cm – (Colec. Tezontle)

ISBN 978-84-375-0715-6

1. Biografías 2. Literatura española – Siglos XXI  
I. Ser. II. t.

LC CT181

920 R593v

---

© 2014, Elisabet Riera

D. R. © 2014, de la presente edición:

FONDO DE CULTURA ECONÓMICA DE ESPAÑA, S.L.

Vía de los Poblados, 17, 4º - 15; 28033 Madrid

editor@fondodeculturaeconomica.es

www.fondodeculturaeconomica.es

FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

Carretera de Picacho-Ajusco, 227; 14738 México, D.F.

www.fondodeculturaeconomica.com

Empresa certificada: ISO 9001:2008

Diseño de portada: Perricac Compañía Gráfica

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra  
–incluido el diseño tipográfico y de portada–,  
sea cual fuere el medio, electrónico o mecánico,  
sin el consentimiento por escrito del editor.

ISBN: 978-84-375-0715-6

Depósito Legal: M-19412-2014

*Impreso en España*

*Para Anna R. Ximenes y Jesús Aguado:  
agradecimiento, amor y gloria para ellos*

*A esos jóvenes les palpita el corazón.  
Ahí tienen la g mayúscula de la gloria,  
en el centro de un apellido y en su porvenir;  
es la g de sangre, la g de gentilhombre y la de galope.  
El librero ha sacado a la puerta,  
bajo los árboles, un tenderete. Hay rayos de sol que  
juguetean en el libro amarillo.  
Los jóvenes están trémulos, el mañana será hermoso,  
con mujeres, libros, tilos,  
y el oro de su propio apellido.*

PIERRE MICHON, *Cuerpos del rey*

## Ada Augusta Lovelace

«Apuntes sobre la Máquina analítica inventada por Charles Babbage» es el titular del artículo que se dispone a traducir, publicado por el italiano Luigi Menabrea en la Biblioteca Universal de Ginebra, en 1842, para divulgar en el círculo científico internacional el alcance del nuevo ingenio de su amigo y confidente científico Charles, quien la llama «la encantadora de números», compitiendo en sonoridad con su título nobiliario, Ada Augusta King, condesa de Lovelace. Su nombre de soltera denota glorias aún mayores: su apellido paterno es Byron, poeta y lord.

El sobrenombre recuerda a otros apodos familiares, como el de «princesa del paralelogramo», concedido por Byron a su madre, la matemática Annabella Milbanke, cuando la cortejaba. Tras la boda el apodo viró rápidamente a «cabeza cuadrada», frente a lo cual la señora Byron se dio el gusto de pedir al mayor poeta de su tiempo que «no le contara versos». El matrimonio estaba destinado al fracaso, y así fue. Se separaron cuando Ada cumplió cinco semanas. Cuatro meses después, el lord, gallardamente apostado en la popa de un barco con destino a Grecia, zarpó de la costa de Inglaterra por última vez.

Nunca lo conoció más que por su obra.

Ada está sentada frente a su escritorio, en su gabinete de Worthy Manor. Desde el ventanal, ve las terrazas amplias de la mansión y los graciosos jardines de diseño italiano que su marido, el conde de Lovelace, mandó construir a los mismos

jardineros de la corte, donde se conocieron. Su hogar resulta tan perfecto como la imagen que le devuelve el espejo: una mujer elegante, delicada, con el negro cabello recogido en bucles que cubren ambas orejas, rematado por una mantilla brocada y una gran camelia. Si no fuera por ese pequeño hoyuelo en el mentón, se diría que es igual a su madre.

De ella, la habilidad con los números y el interés por la ciencia; de ella, el refinamiento y la facilidad para la vida social; de ella, también, el ingente esfuerzo por borrar de su cabeza todo asomo de poesía, todo rastro de él, por si acaso le ha transmitido la pasión por los versos y las emociones exaltadas, románticas, ilógicas.

Sin embargo, el hoyuelo.

Y un caballo alado que recibió una vez en un paquete procedente de ultramar.

Trata de sacárselo de la cabeza cuando empieza a traducir al inglés las primeras palabras del artículo acerca de la máquina prodigiosa en la que Babbage lleva años trabajando y cuyo desarrollo ella, colaboradora e intérprete, ha seguido al detalle. Menabrea comienza así:

Aquellos trabajos pertenecientes a las varias ramas de la ciencia matemática, a pesar de que en una primera aproximación parecen ser territorio exclusivo del intelecto, pueden, sin embargo, ser divididas en dos secciones: una que podría llamarse mecánica, pues está sujeta a leyes precisas e invariables, que pueden expresarse mediante operaciones de la materia; mientras que la otra, al requerir la intervención del razonamiento, pertenece más específicamente al dominio de la comprensión. Admitido esto, podemos ejecutar, por medio de máquinas, la parte mecánica de estos trabajos, reservando para el puro intelecto aquellas tareas que dependen del razonamiento.

Ada piensa que el artículo del italiano no acierta a comprender la verdadera naturaleza del invento de Babbage. No se trata solo de una máquina calculadora; ella sabe que quien tenga la valentía y la capacidad técnica para sustituir las cifras por símbolos obtendrá de la máquina un patrón parecido al del infinito: formas geométricas, nuevos alfabetos, música. La Máquina analítica de Babbage, en las manos adecuadas, será capaz de crear universos de significado. No puede permitir que la traducción sea publicada sin mayores explicaciones. Tímidamente, toma la pluma, y se permite añadir una nota al pie:

Nos parece obvio, sin embargo, que donde las operaciones son tan independientes en su modo de actuar debe ser fácil, mediante unas simples provisiones y añadidos en el arreglo del mecanismo, obtener dos tipos de resultado. En primer lugar, las magnitudes numéricas, que son el resultado de operaciones realizadas sobre datos numéricos (y son su prioridad). En segundo lugar, los resultados simbólicos que deben adjuntarse a los resultados numéricos, resultados simbólicos que son la consecuencia lógica y necesaria de operaciones realizadas con datos simbólicos.

En el interior de su cabeza oye la voz imperativa de su madre: mecánica, números, hechos. Se apresura a añadir fórmulas, integrales y algoritmos que hagan más clara y precisa la explicación. Así redacta, sin saberlo, el primer manual de programación de la historia. Cuando levanta la vista del papel, el sol se ha puesto tras los setos recortados del Manor; sus notas son tan extensas como la misma traducción. No se siente fatigada, al contrario. Además, está acostumbrada al esfuerzo intelectual desde niña, cuando su madre la obligaba a permanecer durante horas encerrada



en su habitación, con los tutores que a los tres años le enseñaban los principios geométricos y aritméticos con bloques de formas y colores diversos. Tenía prohibido abandonar la habitación de estudio sin haber cumplido con el horario y las tareas encomendadas. En la casa, todos estaban al acecho de cualquier palabra, actitud o deseo de la niña que recordase al poeta. Solo durante las ausencias de su madre podía permitirse cierta libertad. A los doce años, aprovechando un largo viaje materno, Ada decidió aplicar todos sus conocimientos científicos a la aspiración más romántica de todos los tiempos: construir una máquina que pudiera volar. *Flyology* tituló el ensayo precoz en que detallaba todas las características técnicas del aparato: materiales, medida y forma de las alas, estructura del chasis. Cuando la madre regresó, encontró su mesa de estudio llena de alas de pájaro y, las paredes, perforadas con ganchos, cuerdas y poleas. De inmediato, desmanteló el laboratorio del aire.

Incluido el pequeño corcel con alas que servía a Ada de inspiración.

Sus recuerdos se interrumpen. Su hijo mayor, al que ha llamado Byron, entra a requerirla para que le dé las buenas noches. Después de besar su frente, sigue añadiendo notas, pues Menabrea ha pasado de puntillas sobre la cuestión fundamental, las tarjetas perforadas que son el corazón de la nueva máquina:

La característica distintiva de la Máquina analítica, y la cual ha hecho posible dotarla de un mecanismo con tan amplias facultades como para convertir a esta máquina en la mano derecha ejecutiva del álgebra abstracta, es haber introducido en ella el principio que Jacquard diseñó para regular, por medio de tarjetas perforadas, los más complicados patrones en la fabricación de brocados. Podemos decir con

toda propiedad que la Máquina analítica teje patrones algebraicos del mismo modo que el telar de Jacquard teje flores y hojas.

Las tarjetas perforadas han sido la gran aportación de Ada al trabajo de Babbage y son, efectivamente, la clave para el desarrollo del invento. Todo se basa en la visión dual de la realidad, a cuyas preguntas ofrece una respuesta binaria: lleno o vacío, encendido o apagado, blanco o negro. O también: razón o emoción, ciencia o poesía, mamá o papá. Un radio de acción realmente limitado. Sin embargo, ha descubierto que al multiplicar sus posibilidades combinando cada tarjeta con las demás, los agujeros negros, como en un enorme caleidoscopio, crean fuegos de artificio en el firmamento de la abstracción.

Dejándose llevar por el entusiasmo, añade:

Los límites de la aritmética fueron sobrepasados en el momento en que la idea de aplicar las tarjetas perforadas tuvo lugar; la Máquina analítica no ocupa un lugar común entre las simples máquinas de calcular. Sostiene una posición que es solo suya, y las consideraciones que suscita son de la naturaleza más interesante. Al permitir que su mecanismo combine símbolos generales en secuencias de variedad y extensión ilimitadas, un vínculo de unión se establece entre las operaciones de la materia y los procesos mentales abstractos de la rama más abstracta de la ciencia matemática. Un nuevo, vasto y poderoso lenguaje se ha desarrollado para el uso futuro de la analítica, en la que esgrimir sus verdades de modo que estas puedan convertirse en aplicaciones más veloces y precisas para los propósitos de la humanidad que los medios de los que disponemos han hecho posible hasta ahora. Así, no solo lo mental y lo material,

sino lo teórico y lo práctico del mundo matemático, son conducidos a una conexión más íntima y efectiva el uno con el otro.

Lo ha conseguido, unir los opuestos, reconciliar los contrarios. Su naturaleza interior ha sido realizada en aquel texto, en aquella máquina: ha vislumbrado la ciencia poética, la gracia de ver el todo en lo particular, la grandeza en un pequeño ingenio, el futuro en un telar y la gloria en unas notas a pie de página.

Concluye:

Aquellos que entienden la ciencia matemática no solo como un vasto cuerpo de verdades abstractas e inmutables cuya intrínseca belleza, simetría y completitud lógica, cuando son contempladas como un todo, merecen un lugar prominente en el interés de toda mente profunda y lógica, sino como poseedoras de un interés todavía más profundo para la raza humana, cuando se recuerda que esta ciencia constituye el único lenguaje a través del cual podemos expresar adecuadamente los maravillosos hechos del mundo natural, y esos cambios incesantes de relaciones mutuas, visibles o invisibles, conscientes o inconscientes en las percepciones físicas inmediatas que se suceden interminablemente en las agencias de creación entre las cuales vivimos: aquellos que entre nosotros crean que la verdad matemática es el instrumento mediante el cual la débil mente del hombre puede leer de forma más eficaz los trabajos de su Creador, contemplará con especial interés todo lo que tienda a facilitar la traducción de sus principios en formas prácticas explícitas, que es, ni más ni menos, el objeto de esta máquina.

Por un instante, ha sentido la brisa marina en su rostro y, su pecho, como una henchida vela. Ha terminado las notas; ocupan cinco veces más que el artículo original. Se dispone a firmarlo, pero no se atreve; sería un alarde de individualidad, un pecado de soberbia: un gesto romántico.

Se oculta tras tres iniciales discretas: A.A.L.

Nunca escribirá nada más.

Antes de morir, a los 36 años —la misma edad en que Byron perdió la vida—, pide ser enterrada junto a él, en el panteón de la iglesia de Santa María Magdalena, en Hucknall, muy lejos de la abadía de Westminster cuyas puertas fueron cerradas al poeta por su dudosa moralidad.